A CINCO AÑOS DEL ATENTADO

# Qué cambió en el mundo



© MAGNUM / GENTILEZA CENTRO CULTURAL BORGES Y EMBAJADA DE EE.UU.

# Qué cambió en la Argentina

**Escriben y opinan:**

*Eduardo Febbro, Andrés Fontana, Nicolás Casullo, Claudio Iván Remeseira, Marcelo Justo, Aníbal Ford, Oscar Guisoni y Alejandro Carrió*

**Faisal Devji,** autor de "Paisajes de la Yihad": "Osama Bin Laden declaró el 11-S como una muestra de la unidad del mundo. Los ataques fueron una muestra de esa unidad porque le permitieron a Al Qaida demostrar la interconexión del mundo al responsabilizar a todos por el sufrimiento de los musulmanes. Los bombardeos a Estados Unidos fueron un anuncio de la complicidad universal, así como también una promesa de retribución universal. De ahora en más sería imposible para cualquiera escapar de las consecuencias de las acciones de otros".





POR ANDRES FONTANA

# Una reacción muy cauta

Si nos preguntamos qué cambió en la Argentina a raíz de los atentados del 11 de septiembre, debemos reconocer que poco y nada. La Argentina no percibe al terrorismo internacional como una amenaza que pueda afectarla realmente. Y eso fue así aun habiendo sufrido dos atentados en nuestro territorio, en esta ciudad que tanto amamos.

Los atentados que cerraron ese ciclo de doce años desconcertantes, la llamada post Guerra Fría, coincidieron con un momento muy particular de la política argentina. El mundo asistía al comienzo de una nueva era, mucho más cruda y realista. La Argentina vivía la desazón de ver desmoronarse el sueño de la Alianza, un gobierno parecido al de Menem pero sin menemismo.

En esos días, que abrieron una nueva era de la política exterior norteamericana, los argentinos escuchábamos al entonces secretario del Tesoro de los EE.UU. afirmar que no se podía seguir financiado nuestro "bienestar artificial" (sic) con los impuestos del pueblo norteamericano. Y así se encarecían y alejaban los créditos que el gobierno de Fernando de la Rúa tanto necesitaba para sobrevivir ante un índice de riesgo país que trepaba día a día. Poco después, nuestra tasa de cambio, que había disciplinado la inflación y permitido a tantos argentinos –no a todos, claramente– disfrutar de viajes al exterior y un consumo disociado de la realidad del país, dejaría su lugar a un renacer de la producción nacional y confirmaría la certeza de que estamos mejor cuando nos alejamos y nos protegemos.

Pronto Estados Unidos comenzó a preparar la invasión a Irak, que dejaría atrás cualquier expectativa de cooperación y fortalecimiento de los organismos internacionales. La comunidad internacional se alejó de la política exterior de los Estados Unidos, y nosotros comenzamos un largo camino hacia la integración con nuestro verdadero vecindario, allende el Mercosur, aquende el ALCA, donde todo da a entender que no hay peligro de atentados. Pero no fuimos los únicos.

En realidad, la tendencia al alejamiento de la política exterior de los Estados Unidos ha sido global. Y dado que hablar de política antiterrorista es casi sinónimo de hablar de vinculación con los Estados Unidos, la Argentina no acentuó particularmente este rubro. Los actos de terrorismo aún no están tipificados en nuestra legislación como figura autónoma. Nuestro régimen penal carece de una definición específica de "terrorismo," si bien el tema se encuentra presente en forma tácita en las leyes 25.241 (del Arrepentido) y 24.767 (de Cooperación Internacional en Materia Penal y de Extradición).

Las principales medidas para hacer frente al terrorismo son, en su mayor parte, previas a 2001: por ejemplo, las convenciones internacionales incorporadas a nuestra legislación, como la referida a la represión del apoderamiento ilícito de aeronaves (de 1970, incorporada por Ley 19.793), la referida a la represión de actos ilícitos contra la seguridad de la aviación civil (de 1971, incorporada por Ley 20.411) o la referida a la toma de rehenes (de 1979, incorporada por Ley 23.956) y la referida a la represión de atentados terroristas cometidos con bombas (de 1998, incorporada por Ley 25.762). Asimismo, el Departamento Unidad de Investigaciones Antiterroristas (DUIA), de la Policía Federal, data de 1995.

Sin embargo, en los ministerios de Interior, Justicia y Relaciones Exteriores se crearon, con posterioridad a 2001, diversos mecanismos y unidades específicas. Por ejemplo, en el marco de la Cancillería, en el año 2002, se creó la Representación Especial para Asuntos de Terrorismo y otros Delitos Conexos (Retod); en la Secretaría de Seguridad Interior, se organizaron divisiones especializadas con capacidad de seguimiento de acontecimientos internacionales y participación en el marco cooperativo regional y la Dirección Nacional de Migraciones fortaleció sus actividades de control conjuntas con la Gendarmería Nacional, la Prefectura Naval Argentina, la Policía Aeronáutica Nacional y el Departamento Interpol de la Policía Federal Argentina. Probablemente, lo más nuevo sea lo referido a la Financiación del Terrorismo (Ley 26.024, de marzo de 2005) y las reorganizaciones del organismo ejecutor correspondiente, que aún se encuentran en curso.

Todo esto indica una creciente, pero muy cauta, reacción del Estado, en gran parte con sus elementos tradicionales; en gran parte respondiendo a compromisos internacionales más que a una percepción de amenaza o a una demanda de la sociedad. Esto no debe sorprendernos. Se trata de un fenómeno todavía indefinido, inasible, que a veces expresa la existencia de una red de organizaciones con recursos y estrategia, y otras revela iniciativas individuales, aisladas, sin conexión orgánica con la trama del terrorismo internacional. ¿Qué hacer frente a esto?

** Especialista en seguridad internacional.*

**Michele Wucker,** escritora: "Para mí, la lección del 11-S es cuán rápido el cinismo y la complacencia suplantan el heroísmo y la compasión que trae la tragedia. Por un breve momento después del 11-S, el mundo estuvo con Estados Unidos y los estadounidenses estuvieron juntos. Hoy, ese país perdió la credibilidad y la buena voluntad a los ojos de muchos ciudadanos de sus mejores aliados. El sentido de propósito de los norteamericanos se disipó pronto, mientras el recuerdo de los ataques se convirtió en un arma para silenciar a los disidentes".

**POR EDUARDO FEBBRO** DESDE PARIS, **FRANCIA**

# Un mundo de derrotados

Osama Bin Laden y George W. Bush nos legaron un mundo de derrotados. Perdieron los demócratas sinceros y ganaron los halcones de la seguridad. La exportación del terror al corazón del imperio desencadenó la exportación a escala planetaria de la política de seguridad interior de los Estados Unidos. La lucha contra el terrorismo creó un miedo y un cuerpo común: el terror al terror y el silencio compacto del consenso ante las más escandalosas violaciones de las libertades individuales, los derechos constitucionales y los tratados internacionales. La tortura, los secuestros y las detenciones arbitrarias, tan comunes a las dictaduras en sus delirantes luchas, se volvieron los instrumentos de la primera democracia occidental. Los sucesivos actos de barbarie de Al Qaida desataron la barbarie de los servicios de seguridad norteamericanos, un racismo mundial hacia todo lo que tiene aspecto árabe y una sucesión de guerras que generaron otras. Ahora que Bin Laden parece haberse convertido en un títere muerto que Estados Unidos utiliza cuando le conviene, los conflictos armados que él sembró con el derrumbe de las Torres Gemelas siguen intactos, extendiéndose en una alucinante ópera de bombardeos.

Ninguno de los conflictos regionales derivados de la deslocalización de las políticas de seguridad, sea la norteamericana o la israelí, fue ganado por sus promotores. La administración norteamericana perdió la polifónica guerra en Irak. La democracia inyectada con bombas es un alucinógeno sangriento con decenas de muertos por día. Es también el nuevo campo de batalla de Al Qaida en su espasmódica e histérica guerra contra Washington. En Afganistán, país bombardeado por la administración Bush para sacar del poder a sus antiguos aliados, los famosos estudiantes de teología, los talibán que protegían a Bin Laden y sus seguidores, la democracia también llegó como un regalo caído del cielo. Toneladas de bombas con la bandera de la democracia norteamericana pusieron a la cabeza del país al elegante Hamid Karzai. Pero el poder democrático afgano es una ficción. El poder está en manos de los antaño amos del país, los señores de la guerra, los ex comandantes talibán que regresaron a sus piadosas ocupaciones, es decir, los cultivos de opio. Esta semana, un informe de la Unodc, Oficina de las Naciones Unidas para la lucha contra la droga y el crimen, reveló que Afganistán producirá en 2006 92 por ciento del opio mundial. Economía destartalada, seguridad inexistente, mercados agrícolas sin destino. Una hecatombe. Guerra perdida. Israel también perdió la suya en el Líbano. La invasión israelí de julio y agosto terminó en la vergonzosa derrota de un ejército que ni siquiera tenía los mapas adecuados para desplazarse dentro del territorio libanés. También se produjo una no menos calamitosa injuria a la condición humana con la muerte de cientos de civiles totalmente ajenos al conflicto y la destrucción de las infraestructuras de un país frágil. La milicia chiíta del Hezbolá no fue desarmada. Muy por el contrario, ganó crédito externo e interno. El 11 de septiembre inauguró una fase de guerras en el territorio del prójimo. El 11 de septiembre instauró una forma extraña de tragedia extraterritorial que la Argentina conoció a gran escala antes que ningún otro Estado occidental. Cuando en 1992, mediante un operativo especial, Israel mató en Beirut al entonces jefe del Hezbolá, Abas Musaoui, una rama misteriosa del movimiento chiíta cambió el escenario de su enfrentamiento con Israel. El teatro elegido de la venganza fue el atentado contra la embajada israelí de Buenos Aires. La amenaza extraterritorial es el arma de Al Qaida, el castigo extraterritorial es la política de la administración Bush. Al Qaida es un guerrero esporádico que surge de las sombras y proyecta la muerte en una expansión macabra. Bali, Madrid, Londres, Túnez: Al Qaida tiene sus apóstoles planetarios cuya meta consiste en inyectar la muerte en masa. Si la invasión de Afganistán desarticuló el núcleo de la nebulosa de Bin Laden, no cambió los objetivos de sus adeptos. Derrota sobre derrota. Piedras sobre papel quemado y cuerpos destrozados, por unos y por otros.

En una confusión semántica que englobó la lucha contra el terror y la búsqueda de las nunca olfateadas armas de destrucción masiva, Estados Unidos y Gran Bretaña decapitaron a su gran amigo de antaño, el proveedor de petróleo Saddam Hussein. En nombre de otra confusión bien destilada y de la misma lucha, para hacer frente al terror propagado por el movimiento integrista Hamas y su brazo de la muerte, las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa, responsables de centenas de atentados contra civiles israelíes, Israel invadió a principios de 2002 seis territorios palestinos, destruyó la ciudad de Jenin, martirizó a las poblaciones civiles, aplastó las instituciones de la Autoridad Palestina, aisló a Yasser Arafat en su cuartel de Ramalá hasta su muerte en París, en octubre de 2004, y sepultó los acuerdos de paz bajo las bombas. Lo injustificable encontró su justificación en la pesquisa planetaria del terrorismo islámico. Los Estados se sirvieron de ese argumento para perseguir a sus enemigos y hacer de la seguridad la obsesión de los ciudadanos. Los aviones que se estrellaron contra aquellos altos emblemas de la cultura norteamericana lapidaron una idea del hombre y de las relaciones internacionales. Ninguno de los resortes, las rebeliones y las injusticias que los analistas consideraron como el vivero de Al Qaida perdió su paródica justificación. Todo sigue intacto. Las autocracias árabes, su corrupción endémica, el autoritarismo y la represión son la ley cotidiana del mundo árabe, donde se gobierna bajo la tolerante mirada de Occidente. Y esos países tienen en Occidente a sus aliados más fieles. Les compran armas y algunas lecciones de democracia por correspondencia. Los palestinos siguen sin tierra. Los dioses en nombre de los cuales los hombres matan y mutilan contemplan azorados las infinitas derrotas de todos los supuestos ejes, el del bien, que no está en ningún lado, y el del mal, que se refleja en el mismo espejo fugitivo.





Las imágenes que ilustran este suplemento forman parte de la muestra de 73 imágenes "**Septiembre 11**" por fotógrafos de **Magnum**, que se exhibe en el **Centro Cultural Borges**, Viamonte esquina San Martín, de lunes a sábado de 10 a 21 y domingos de 12 a 21 hasta el 1º de octubre (entrada, 3 pesos), con el auspicio de la **Embajada de Estados Unidos**. Agradecemos al Borges, a Magnum, a la Embajada, a Mara Teckach y Sonia Dub y María de Vedia,



**Sidney Blumenthal,** periodista y escritor: "Una de las cosas que aprendí a partir del 11-S es que los ideólogos neoconservadores estaban preparados, esperando para transformar las bases constitucionales del gobierno estadounidense. Habían concebido claramente planes para utilizar el poder sobre la ley, para anular y restringir derechos en interés de una inexplicable autoridad concentrada en el Ejecutivo".

**POR NICOLAS CASULLO ***

# Las Torres antes, las Torres después

Hablemos de nuestra bienamada sociedad. El sismo mundial por el ataque terrorista a las torres de Nueva York tuvo al principio en la Argentina una secuela claramente secundarizada en comparación con el resto del mundo capitalista, cuando a los dos meses de aquella hecatombe en la metrópolis del norte nuestro país colapsaba, caía el gobierno constitucional y nos introducíamos en una unidimensionalidad informativa casi total.

Puede decirse, a vuelo de pájaro reflexivo, que el nuestro fue uno de los pocos sitios nacionales que en esa encrucijada desatendieron y hasta navegaron a contrapelo del "buen juicio" del resto del planeta occidental, entre cacerolas, cánticos de insubordinación, marchas por las avenidas, bancos sitiados y asambleas callejeras diarias que reunían la justa histeria de los ahorristas saqueados. Nadie se tomó el trabajo de olfatear la metamorfosis en la sintonía mundial de las cosas.

No nos costó mucho esta distracción porque demasiado ensimismados somos en circunstancias normales, cuando cualquier asalto en Belgrano o cambio de DT nos obnubila del mundo. Pero en aquella ocasión de fines del 2001 resultó notoria la disparidad entre los climas espirituales imperantes por un lado en una importante franja nativa de opinión pública fuerte, y por otro lado la conciencia de un recambio de época en otras latitudes ciudadanas del globo terráqueo. No hubo referencias políticas fuertes a nivel de los gobiernos que se sucedieron en poco tiempo en nuestros lares. De la era de las relaciones carnales con la potencia agredida, habíamos pasado, post 11/9, a no tener ninguna. Salvo el pedido de un salvavidas por el default.

Por el contrario, frente a un realineamiento casi espontáneo de las sociedades capitalistas blancas y racionales, buscando no hacer más ola en una situación de extrema tensión donde todos los países quedaban bajo sospecha ante la mirada del Amo, la nuestra exigía en cada asamblea barrial el ajusticiamiento de cada cuerpo gerencial de todas las casas matrices de los grandes bancos del mundo.

Recuerdo en septiembre del 2002 en un coloquio en EE.UU. donde, durante una cena en la cual participaban por lo menos doce nacionalidades diferentes, una antropóloga mexicana distinguió: "Mientras en el resto del mundo desde la caída de las Torres la gente tiene mucho más miedo que antes a los poderes neurotizados y amenazantes con represalias inmediatas, Argentina es el único país en que hoy todos los poderes sociales y políticos le tienen terror a la gente". Esa fue la época donde un extenso artículo de *The Guardian* analizaba cómo la atmósfera reactiva post 11/9 había generado un reflujo de las luchas y programas protestatarios antiglobalización, y se tendía hacia un "mundo-cárcel" en el cual muchas aspiraciones alternativistas duras declinaban, mientras en nuestras librerías, por esas semanas, el libro *Imperio,* de Toni Negri, con sus multitudes deseantes, irrepresentadas y libertarias vendía 30.000 ejemplares de un saque.

Sin duda aquélla fue una temporada de desfase entre lo que realmente empezaba a decirle al orbe el 11/9, y nuestras pláticas callejeras diarias. Si se repasan los periódicos y revistas vernáculos del 2002 o se recuerda aquella programación de la TV en horario central plagada de programas seudoperiodísticos, el lenguaje, la terminología, los actores y los locutores soliviantados se parecían a un activismo estudiantil radicalizado y redesplegado por el éter, mientras los buenos vecinos del Norte, Recoleta y Caballito asimilaban arengas antiimperialistas estilo 1973. Menos autista, Occidente había sentido el cimbronazo guerrero preparado con suficiente antelación por el Pentágono y la derecha republicana fraudulenta, que encontró en el 11/9 su posibilidad histórica de reponer legitimidad interna.

Sin embargo, poco a poco la mirada y el comportamiento argentinos con respecto a aquel ataque a las Torres y sus secuelas se normalizaron. Entraron en caja, cayeron en adecuada domesticación. El establishment económico reapareció por detrás de los corrales para exigir desde sus usinas ideológicas y mediáticas acatamiento y alineamiento político, financiero y cultural a EE.UU. en guerra por tiempo indefinido. La sociedad dinámica fue descubriendo, a medida que mejoró la situación para muchos, que afuera había quedado un mundo destemplado, post-plural, post-multicultural, de fronteras blindadas y no abiertas, dividido secamente en terroristas y antiterroristas en cada detalle, palabra o visión de las cosas. Todo se valoró en: o de este lado o del otro lado de una nueva Ley de Hierro. Un mundo que había logrado desde el 11/9 entronizar la ideología bushista militarizada de "la seguridad" como vocablo sagrado, mítico, para fijar el único sentido de lo social y de lo histórico que parecía haber sobrevivido según empresas encuestadoras. De eso, afuera, se percataron, curiosos y tardíos, los argentinos.

Adentro, en cuanto se disipó la polvareda solo vieron piqueteros que nada tenían que ver con las subjetividades y gramáticas postfordistas de Paolo Virno. La época pasó a reclamar vigilancia, recelo, políticas preventivas, más cárceles, nueva legislación represiva, utopía del control absoluto, racismo, elitismo cultural, ciudad panóptica. Algo casi igualito al sueño de Mr. Bush y sus muchachos con cascos. Nos había llegado, como a todos, el 11/9.

** Ensayista, docente de comunicación social.*

**POR CLAUDIO IVAN REMESEIRA** DESDE NUEVA YORK, **ESTADOS UNIDOS**

# Sociedades tribales y burocracias

El 11 de septiembre de 2001 es una de esas fechas que los historiadores eligen para marcar el comienzo de una nueva era, en la terminología de R.G. Collingwood, un acontecimiento apocalíptico. En retrospectiva, uno puede decir que en su libro *The End of History and the Last Man*, Francis Fukuyama erró la interpretación del diagnóstico, pero no el diagnóstico: con el fin de la Guerra Fría, la historia, o lo que desde el Iluminismo había sido la concepción estándar de la historia en la mayor parte del planeta, llegó a su fin. En esa concepción, la religión era una rémora del pasado, un instrumento de la opresión política y del oscurantismo antiprogresista de las clases dominantes o, en el mejor de los casos, un fenómeno marginal, un ejemplo de diversidad tolerable dentro de la ética del multiculturalismo. El signo más visible de los nuevos tiempos, en cambio, es la irrupción de la religión en el centro de la escena mundial. Con esta irrupción, las categorías tradicionalmente usadas durante el último siglo y medio para explicar los procesos históricos y sociales contemporáneos han entrado en crisis.

Esto puede comprobarse a lo largo de todo el espectro ideológico. La respuesta instintiva de la mayoría de los intelectuales de izquierda (norteamericanos incluidos) a los atentados del 11 de septiembre fue explicarlos como una reacción de los pueblos árabes oprimidos contra las políticas estadounidenses en Medio Oriente. Según esta interpretación, el terrorismo de Al Qaida es la contrapartida de las intromisiones de Washington en la región, de su apoyo incondicional a Israel y de la eterna postergación de la causa Palestina. Esta es una variante del razonamiento que a lo largo del siglo XX justificó la lucha anti-imperialista de los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo; la solución implícita es remover las causas políticas y económicas del descontento árabe, para eliminar así su efecto indeseable, el terrorismo. El problema más obvio de esta explicación es que las tesis fundamentales del radicalismo islámico moderno se forjaron entre las décadas del '50 y del '70 en las cárceles egipcias, cuando el régimen de Abdel Gamal Nasser persiguió y reprimió encarnizadamente a los líderes de la Hermandad Musulmana, de cuyo pensamiento se nutre la retórica y la acción de Al Qaida. El radicalismo islámico, por tanto, no sólo se opone a Occidente: también se opone a esa versión corregida de Occidente, el proyecto modernizador laico que las revoluciones nacionalistas árabes quisieron imponer en sus respectivos países luego del colapso del colonialismo europeo. Y mientras que la lógica de la resistencia contra el ocupador extranjero explica en parte el nacimiento de la insurgencia iraquí, ¿cómo aplicar satisfactoriamente esa misma lógica a las matanzas entre chiítas y sunnis, que constituyen el núcleo de la guerra hoy en curso en Irak?

La misma insatisfactoria explicación se

**Godfrey Hodgson,** periodista: "La indignación fue una respuesta justificada a las atrocidades del 11-S por parte de la opinión pública norteamericana. La política de la administración, sin embargo, 'peor que un crimen, fue un error', motivada y justificada por fantasías desmedidas. Ha perdido mucha de la buena voluntad ganada por la generosidad y dañó gravemente el sistema internacional. Los demócratas están paralizados, pero la otra mitad de la opinión pública se está dando cuenta de cuán equivocadas han sido las políticas de los republicanos".





# s modernas

encuentra del otro lado de la ecuación ideológica, en esa peculiar coalición de neoconservadores y socialdemócratas europeos y norteamericanos que apoyó la invasión a Irak. Aunque esa convergencia táctica tuvo muchos más matices que los que sus críticos de izquierda están dispuestos a aceptar, la idea central que los unía fue que la democracia liberal de estilo occidental podía ser instaurada *manu militari* en el Medio Oriente. La abrumadora realidad es que si hoy se realizaran elecciones libres en toda la región, la mayoría sería ganada por partidos u organizaciones islámicas radicales. Los signos de esta rebelión de los espíritus se advierten desde el Mediterráneo hasta Asia. Una reciente encuesta en Pakistán sostiene que el 80 por el ciento de la población apoya o se identifica con Osama bin Laden. La latente posibilidad de una revolución islámica en Arabia Saudita es algo que la propia familia real saudí analiza desde hace años con preocupación. (Dicho sea de paso, ha sido precisamente esa preocupación lo que llevó a ese régimen a financiar generosamente la creación de *madrasahs* o escuelas religiosas en todo el mundo, como una manera de compensar el equilibrio interno entre el gobierno y los ortodoxos líderes religiosos; dicha expansión ha contribuido a sembrar las semillas del descontento entre las segundas generaciones de inmigrantes musulmanes en Europa, que se identifican en primer lugar con el Islam y no con los países en los que han nacido y crecido, y en los que se sienten irremediablemente excluidos.)

La tesis del *clash of civilizations* de Samuel Huntington también padece limitaciones explicativas: la civilización occidental se construyó sobre la base de un orden mundial creado por el Califato, un espacio económico y cultural homogéneo desde la China hasta España, por el cual los productos económicos y las ideas circularon con facilidad durante siglos. Fue la interrupción de ese flujo, luego de la conquista turca de Constantinopla, lo que llevó a los portugueses a buscar nuevas vías de comunicación con Oriente, dando así origen a la era de las exploraciones oceánicas de la que surgió el mundo global de nuestros días.

La insuficiencia de las explicaciones convencionales y la complejidad de la situación a la que el mundo amaneció luego del 11 de septiembre de 2001 nos obliga a aceptar una verdad innegable: la mayoría de nosotros estábamos sencillamente incapacitados para entender la realidad de la que nació esta nueva forma de terrorismo, una realidad en la que sociedades tribales conviven con burocracias modernas, aldeas misérrimas y aisladas con el lujo obsceno de palacios miliunanochescos, una vasta realidad en la que la religión da sentido a la existencia de millones de personas pertenecientes a etnias, idiomas y culturas distintas, y en las que una interpretación intransigente de la fe que los une justifica la auto-inmolación de algunos en la implacable Jihad contra los infieles.

**Frank Vibert,** miembro del Foro Político Europeo: "Después del 11-S vinieron Afganistán, Irak y un gran interrogante: las circunstancias bajo las cuales se justifica una intervención en los asuntos de un gobierno no democrático. Irak ofreció cuatro principios: el gobierno debe ser claramente no democrático y constituir una triple amenaza (para su población, para países vecinos y para el derecho internacional). También se debe analizar la probable eficacia de la intervención, y la posibilidad de un cambio de régimen sin la necesidad de una intervención".






**POR MARCELO JUSTO**

# Una oportunidad

El nuevo eje de la política exterior estadounidense, la llamada "guerra contra el terrorismo", nació con los atentados contra las Torres Gemelas. La invasión a Afganistán fue el primer capítulo de esa batalla por una "justicia infinita" que planteó el presidente George Bush. Su impacto se hizo sentir en todo el mundo. En especial en el Reino Unido. Con su inclinación por la hipérbole, el primer ministro británico, el laborista Tony Blair, señaló que el 11 de septiembre de 2001 marcaba el inicio de una nueva era histórica. Era el inicio también de su alineamiento incondicional con George Bush.

Blair vio en los atentados una oportunidad de cambiar el mundo, como indicó con fervor mesiánico al congreso del Partido Laborista reunido poco antes de la invasión a Afganistán. "Queremos un nuevo orden mundial con justicia social y dignidad humana que se extienda desde las villas miseria de la Franja de Gaza hasta los desiertos del norte de Africa. Los desesperados, los hambrientos, los ignorantes: ellos también son nuestra causa", dijo Blair. A cinco años de ese discurso, la situación de los desesperados, los hambrientos y los ignorantes no ha cambiado mucho. La deslumbrante retórica bíblica de Blair tenía un objetivo político bastante más inmediato: convencer a un escéptico Partido Laborista de la necesidad de acompañar a George Bush en su primera aventura imperial.

El gobierno fundamentalista talibán no resistió más que unas semanas el embate combinado de la aviación occidental y el rudimentario ejército conformado por las distintas tribus del norte de Afganistán. Bush se vanaglorió de su victoria inicial en la guerra contra el terrorismo y cometió su primer error estratégico: se desentendió de Afganistán aunque no había capturado a Osama Bin Laden y comenzó a planear la

**POR ANIBAL FORD ***

# En las torres no

¿Hasta dónde es posible analizar hoy un hecho sin tener en cuenta las formas en que fue construido, se lo comunicó, se le dio sentido massmediáticamente? (incluyo en esto la comunicación satelital, el cable, Internet.) Es decir, cómo analizar las formas en que ingresó el 11S en la opinión pública y en el imaginario social.

La fuerza del vivo y en directo; cientos de primeras planas dedicadas al atentado que había analizado con mi equipo –muchas reproducidas en la publicación que realizara por el Poynter Institute en el mismo 2001– de diarios de referencia, importantes, y de diarios locales; de diarios norteamericanos y de otros países que informaban sobre esto.

Los primeros centralizaban la información visual en el choque del segundo avión, el que se transmitió en vivo y en directo. (Un caso especial, la "sobriedad" del *Wall Street Journal*: el único que no publicó ninguna foto en su primera plana.) Los otros, los periódicos pequeños o locales, con sus expresiones dramáticas, religiosas y en muchos casos bélicas, que compartían con los otros diarios, pero que reparaban más que en el choque, en la gente corriendo

**Kyi May Kaung,** escritor birmano: "Llegó el quinto aniversario de los ataques del 11-S. ¿Qué hemos aprendido? En 2002, la administración Bush lanzó una invasión a Afganistán, sobre la base de que albergaba terroristas de Al Qaida. La guerra continúa hasta el día de hoy. En 2003, Estados Unidos invadió Irak, sobre la base de que Saddam Hussein tenía armas de destrucción masiva. No se encontraron tales armas. La guerra continúa hasta el día de hoy. ¿Es posible que la respuesta a la pregunta 'qué hemos aprendido' sea 'absolutamente nada'?"

DESDE LONDRES, **GRAN BRETAÑA**

# para cambiar el mundo

invasión a Irak. Casi cinco años más tarde es claro que Afganistán sigue siendo un problema estratégico tan irresoluble como en las épocas de la Unión Soviética.

El viernes, los 26 países de la OTAN se reunieron en Varsovia para discutir la guerra contra el talibán, que sigue dominando grandes áreas del sur del país y les compra armas a las tribus del norte con las que combatía hace cinco años, hoy poseedoras de cuantiosos recursos provenientes del tráfico internacional de heroína. La evaluación de la OTAN fue sombría. Los casi 20 mil efectivos que tiene desplegados en Afganistán no son suficientes para erradicar a la organización fundamentalista que, lejos de limitarse a una guerra de guerrillas, le ha presentado una batalla frontal. En lo que va del año unas dos mil personas han muerto en combates en Afganistán, entre ellos unos 120 efectivos occidentales.

Estados Unidos, que contó con la comprensión o apoyo de buena parte de la comunidad internacional respecto de Afganistán, perdió aceleradamente todo este respaldo cuando decidió derrocar al gobierno de Saddam Hussein. La llamada "doctrina del uno por ciento" del vicepresidente Dick Cheney fue la justificación de esta aventura: si había un uno por ciento de posibilidades de que los terroristas consiguieran armas de destrucción masiva, Estados Unidos actuaría como si se tratara de una certeza absoluta y aplicaría el principio de la "guerra preventiva", es decir, atacaría primero. Convertido en el principal aliado de Estados Unidos, Tony Blair presentó ante el Parlamento británico en septiembre de 2002 el informe de los servicios secretos sobre el programa de armas de destrucción masiva de Irak. En su prefacio, firmado por el primer ministro, figuraba el nuevo escenario mundial y el peligro que representaba Saddam Hussein para la seguridad británica y del mundo entero. En enero de 2003 el gobierno presentó un segundo informe sobre el tema, el llamado "dodgy dossier" (informe trucho), que había sido copiado de una vieja tesis doctoral bajada de Internet. Cuando después de la guerra no se hallaron armas de destrucción masiva, la credibilidad del primer ministro sufrió un golpe del que no volvió a recuperarse. El conflicto bélico abrió un abismo en Europa entre los que apoyaban la aventura de George Bush y los que, liderados por Alemania y Francia, se oponían. Hoy, adalides de la invasión como el ex presidente del gobierno español José María Aznar y el ex premier italiano Silvio Berlusconi se encuentran en la oposición, y las horas del mismo Blair están contadas, luego de la rebelión esta semana de sus propios diputados, alarmados por la pérdida de apoyo del electorado británico.

Los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid y del 7 de julio de 2005 en Londres fueron una consecuencia directa del alineamiento de estos líderes con la política de George Bush. A pesar de que el gobierno de Blair endureció sus leyes antiterroristas con sucesivas enmiendas desde los atentados contra las Torres Gemelas, un sondeo publicado esta semana por el matutino británico *The Times* señala que un 73 por ciento de los votantes cree que la política exterior británica ha aumentado las posibilidades de un atentado terrorista contra el Reino Unido. Analistas de temas de defensa y seguridad coinciden en que la ocupación de Irak ha constituido un duro revés en la guerra contra el terrorismo porque ha servido de campo de entrenamiento para musulmanes de todo el mundo decididos a extender la Jihad, la guerra santa, por todo el mundo. Así, a cinco años de los atentados del 11 de septiembre, la guerra contra el terrorismo se encuentra en un callejón con pocas salidas.

# murieron soldados

desesperada por las calles mientras la polvareda de los derrumbes se les venía encima.

Formas de alimentar la opinión pública. Una excepción: *El Universal* de México fue tal vez el único que publicó una foto con más de treinta personas colgadas de las ventanas dispuestas a tirarse al vacío. Otra observación: los diarios orientales informaron, pero manteniendo simpáticas publicidades en sus primeras planas. ¿Diferencias culturales?

Pero son muchas las líneas que se cruzan en esta cultura semiglobal donde se funden el hecho concreto con el sinfín de elaboraciones simbólicas realizadas a partir de él. Mientras los diarios de referencia ya declaraban la guerra sin saber a quién, pero en claro contacto con el Departamento de Estado, algunos periodistas norteamericanos armaban una serie, como sucede en toda catástrofe, con Pearl Harbor, mientras otros no tenían otro referente que la ciencia ficción, o la "ficción especulativa" –término que se retomó cuando el complejo militar-cultural entre el Pentágono y los guionistas de Hollywood comenzó a imaginar en la Universidad del Sur de California otros posibles ataques terroristas–.

Pero por debajo muy poco para la opinión publica que no fuera mera construcción ideológica en exceso. Y falta de información concreta, actual e histórica. Por ejemplo: los datos del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) sobre la crítica y paupérrima situación social, económica, cultural del 80 por ciento del mundo y de la creciente brecha –-sobre todo desde hace dos décadas– entre los pobres y los ricos del mundo. Una situación irracional que el 11S materializó de alguna manera. Como también los hechos de Londres, de Madrid, y los conflictos actuales de Irak en adelante.

Después de todo esto y muchos procesos, cada vez más eminentes, que aquejan la triste agenda crítica global ya vemos al 11S desde otra perspectiva. Como algo que puede suceder en cualquier lado y en cualquier momento. Lo que pasa allá, pasa o puede pasar aquí. Esto recién va ingresando en la opinión pública aun en un país tan lejano como la Argentina y aunque ya haya vivido episodios semejantes.

Pero la historia tiene tiempos largos y hay hechos que no se pueden entender sin esos tiempos. Si por un lado se habla de bites y sociedad de la información, por otro los átomos –el petróleo– siguen moviendo al mundo y la historia del Medio Oriente, pensada económica y geopolíticamente, y aun como discusión con el imperialismo occidental, tiene complejas derivaciones. Tanto que en las torres murieron no soldados norteamericanos sino personas de más de treinta nacionalidades, muchas provenientes del otrora llamado Tercer Mundo. ¿Entramos en otra lógica de la historia? ¿En una lógica donde tienen más presencia en los formadores de la opinión publica Steve Irwin o Natascha Kampusch que las cárceles de Bush? O donde la información concreta sobre la realidad concreta pasó a un segundo plano y no deja ver que la situación de esta cruel aldea global tiene mucho de azar e imprevisibilidad en su problemático futuro.

** Escritor y profesor consulto de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).*




**Vesna Goldsworthy,** profesora universitaria y escritora: "Lo más importante que aprendí es cuánto quiero a Nueva York y por qué. Es un cliché decir que es la ciudad más europea de las ciudades estadounidenses, pero es también la más estadounidense de todas las ciudades. No tengo nada que decir sobre el quinto aniversario del 11-S. Fue el día más horrible de todos los que podríamos imaginar".

**POR OSCAR GUISONI** DESDE MADRID, **ESPAÑA**

# España se mira en el espejo americano

Recordar los atentados del 11 de septiembre de 2001 significa hoy en España trazar un paralelo inmediato con la masacre del 11 de marzo de 2003 en Madrid, que costó la vida de 191 personas y dejó una huella imborrable en una sociedad acostumbrada desde hace décadas a la violencia terrorista. Y es también una buena oportunidad para comparar los diferentes niveles de respuesta a la agresión que desarrollaron en los últimos años dos sociedades tan disímiles como la española y la norteamericana.

Al mirarse en este espejo los españoles descubren que mientras su sistema judicial ha logrado imputar a 116 personas y procesar de modo definitivo a 29 de los culpables de los ataques, los norteamericanos no han podido mostrar resultados tan contundentes. El juez Baltasar Garzón llegó incluso a procesar a finales de 2003 a 35 personas vinculadas supuestamente en España con los ataques al WTC, superando también en este terreno a la Justicia norteamericana.

Pero la diferencia fundamental no pasa por la cantidad de procesados o por la mayor eficacia a la hora de desmontar la trama terrorista, sino por la respuesta a nivel legal que ambas sociedades pusieron en práctica luego de los ataques. Mientras los norteamericanos limitaban las libertades civiles con la durísima Patriot Act y justificaban las escuchas ilegales de las conversaciones telefónicas de sus propios ciudadanos, los españoles hicieron frente a la amenaza con las mismas leyes antiterroristas que han utilizado durante décadas para luchar contra ETA.

Además, en el álgido debate que aún sigue vigente a propósito de los ataques en Madrid, ninguna de las fuerzas políticas locales sugirió jamás la necesidad de montar un centro de detención como Guantánamo, ni de construir prisiones ilegales en el extranjero para poder interrogar *a piacere* a presuntos terroristas. Los políticos españoles se cuidaron mucho también de no herir las susceptibilidades de la gran comunidad islámica local, evitando seguir los pasos del gobierno Blair, luego de los ataques de Londres el año pasado.

Una idea más cabal de esta ausencia de histeria colectiva la da el hecho de que recién el pasado jueves 7 de septiembre el gobierno socialista anunció que presentará una ley en el Parlamento para obligar a los usuarios de celulares anónimos a registrarse y pedirá a las compañías telefónicas que guarden durante un año los datos de tránsito (no de contenido) de las llamadas de sus clientes. Esta modificación legal no se hará al calor de la paranoia antiterrorista sino para adaptar la legislación española a una reciente directiva del Consejo de Ministros de la Unión Europea.

Tanto la derecha en la oposición como los socialistas en el poder parecen estar convencidos de que la respuesta española a la amenaza terrorista ha sido más civilizada que la norteamericana. Una prueba de ello la dio el embarazo que la administración Zapatero mostró cuando un periódico de la isla de Mallorca hizo público que la CIA utilizaba aeropuertos españoles para trasladar presuntos terroristas secuestrados de una parte a otra del globo. El ministro de Relaciones Exteriores, Miguel Angel Moratinos, se vio en un apuro cuando tuvo que justificar ante el Parlamento estos vuelos y optó por dar una respuesta que convenció a unos pocos: España no había sido notificada por EE.UU. del tipo de personas que se trasladaban en esos aviones.

Todo esto lleva a pensar que la onda explosiva provocada por los atentados en España no ha logrado herir de muerte las libertades civiles como parece haberlo hecho en Estados Unidos.

© MAGNUM / GENTILEZA CENTRO CULTURAL BORGES Y EMBAJADA DE EE.UU.




**POR ALEJANDRO CARRIO ***

# Cómo los vemos, cómo nos ven

Septiembre 11, 2001, puso fin a una extraña dicotomía que era dable observar en materia de derechos civiles en los Estados Unidos. El país campeón de las libertades individuales, debe reconocerse, no tenía hasta allí mayor dificultad en usar un "doble standard" para juzgar el alcance de los derechos de las personas. Mientras que sus propios habitantes tenían ampliamente aseguradas la privacidad de sus conversaciones, la protección contra arrestos arbitrarios y la observancia de las garantías del debido proceso judicial, ningún problema había, por ejemplo, en secuestrar a personas en el exterior para llevarlas detenidas a suelo estadounidense por fuera de los términos establecidos en los tratados internacionales (el célebre caso del médico Alvarez Machain, ciudadano mexicano capturado en su propio país por funcionarios de la DEA a comienzos de los '90, e ingresado por la fuerza en los Estados Unidos para su juzgamiento, por su alegado rol en el homicidio de un agente de la misma DEA).

Pero la psicosis desatada luego de septiembre 11 dio paso a la famosa "Patriot Act", sancionada por el Congreso, poco después del atentado a las Torres Gemelas. Con apoyo en esa ley federal el gobierno estadounidense, con sólo rotular a determinadas personas como "enemigos combatientes", recibió la autorización para arrasar con buena parte de la panoplia de garantías acordadas a los habitantes en la Carta de los Derechos ("Bill of Rights"), más de dos siglos atrás.

Esta eliminación del "doble standard" volvió, en mi opinión, más consistente la postura tradicionalmente observada por el Departamento de Estado, en el sentido de exigir que los países con fronteras poco custodiadas controlen el tráfico de bienes y personas del que pueda servirse la causa del terrorismo internacional o el narcotráfico. Lo de "más consistente" es porque si en muchos supuestos alguien ha dejado de observar las garantías individuales en su propio suelo, no puede ya atribuirsele incoherencia cuando reclama soluciones rigurosas en el exterior, aunque conspiren contra derechos de los habitantes de esos terceros países.

Claro que esas exigencias del Gran Hermano americano encuentran en nuestro país un terreno bastante fértil. Se sabe, por ejemplo, que el tráfico de bienes y personas en la llamada Triple Frontera recibe una custodia bastante laxa, y a nadie sorprendería que los funcionarios públicos a cargo de tales tareas participen de las características que suelen definir en general a nuestros funcionarios. Aquí es donde, a juzgar por situaciones del pasado, estamos autorizados a dudar de la observancia de valores tales como la incorruptibilidad y el profesionalismo.

Nuestra experiencia en el último gran episodio de terrorismo, el atentado a la sede de la AMIA, ciertamente no sirvió para fortalecer la idea de que –al menos algunos– de nuestros funcionarios de la SIDE y las policías Federal y provincial tenían el profesionalismo necesario para lidiar con este tipo de investigaciones.

El "cóctel" recién descripto termina siendo uno bastante malo. Los buenos terminan confundiéndose con los malos, y valores como la privacidad, pero también la seguridad, sufren a expensas de nuestra tendencia a improvisar y a tomarnos las leyes muy poco en serio.

** Abogado. Presidente de la Asociación por los Derechos Civiles.*